

Flores Cordiales



Carmen Andrés.

CARMEN ANDRES

Biblioteca Regional de Madrid

Se publica los domingos.

15 céntimos.

¡¡¡LEED!!!

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

Como en números anteriores, hemos cometido otras cinco erratas, una en cada uno de cinco anuncios distintos, y en cinco ejemplares también distintos.

Consisten aquéllas en escribir con *x* palabras que deben escribirse con *s*.

Los que tengan la suerte de adquirir dichos ejemplares y las encuentren, remitirán el comprobante á la administración de FLORES CORDIALES, y se entregarán las veinticinco pesetas que regalamos.

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

¡¡Á CASARSE!!

Dos jóvenes franceses que acaban de terminar en París, uno, la carrera consular, y el otro la de medicina, desean casarse legalmente con mujer española.

Llegados á Madrid exclusivamente para contraer matrimonio.

Sólo se requiere buena fisonomía [y regular educación.

Escribid á este periódico mandando antecedentes y retrato.

ABSOLUTA RESERVA

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.^o

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.^o (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

Redacción y Administra-
ción: San Andrés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

==== Apartado de Co-
reos, número 48. ====

GERENTE: R. LÓPEZ MORA  DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Rafael Altamira ha venido desde Oviedo á Madrid para explicar en el Ateneo un curso de historia casi contemporánea, para relatar sucesos de ayer, en los que, en verdad, no se puede fisonomiar todavía sin que sienta uno resurgir sus odios y sus entusiasmos persona-

les. Sin embargo, este parta de nuestra Historia, que no se enseña en las escuelas ni en los institutos, este trozo de la vida nacional que nuestros padres vivieron y de la que muchos conservan noticias y recuerdos directos, parece pertenecer á la edad de hierro ó á la del megaterio y el hombre troglodita y lacustre; tal está de olvidada, de recompuesta y falseada y desconocida. Se trata nada menos que del reinado de Isabel II, con su minoría turbulenta, con sus guerras civiles, con sus intentos de expansión internacional, con sus resurgimientos de una grandeza mundial que ya no podía pertenecer, con sus empresas militares, con sus pronunciamientos, y con sus caídas y aun con sus abyecciones. De todo esto, la casi totalidad de los españoles tiene vagas referencias y fragmentarias informaciones.

Altamira sube á la cátedra del Ateneo como un evocador. Yo, en su lugar, tomaría como cadalso y lamentaría sólo que mis manos fuesen débiles para ejercer incansablemente de verdugo, ahorcando en efígie y en memoria á cuantos insignes bandoleros de aquella época no merecieron llegar al cabo de sus días llevando la cabeza sobre los hombros. Claro es que la labor fuera más fecunda y de inmediato provecho ejercida en la hora de ahora, y en vivo y en caliente.

Acaso para resucitar historias que importa mucho estudiar y conocer sea mejor el papel de evocador que el de verdugo. Pero ya que no me sea permitido dar gusto y contento á mis iras, séalo afirmar que en Altamira, que va á preparar este camino, está bien toda serenidad y toda ecuanimidad, pero quienes le sigan, no deben hacerlo sin pasión, sin amores y sin odios, porque no podemos ser indiferentes á cuanto en España se hizo desde que murió Fernando VII hasta que Isabel II fué destronada, porque de aquellos males padecemos y porque aquellos dolores nos duelen en nuestra propia carne...

Y sin duda, no hubiera habido lección más apropiada para los gobernantes y los gobernados de estos últimos años que el estudio atento y minucioso de ese período de nuestra vida, en que la nación liquidó y saldó, en una chamarilería inverosímil, todo lo que le quedaba: sus tierras y sus glorias, sus ideales y sus respetos, su temperamento y su carácter. Claro es que la almoneda no acabó el día en que Isabel II fué destronada; varios trastos que quedaron nos hemos encargada nosotros de darlos en baratillo.

Pero España, aquella España sí acabó aquel día. La conmoción revolucionaria fué poco violenta y no surgió de ella otra nacionalidad ni otro pueblo con personalidad nueva y espíritu moderno. Así hemos ido cayendo... y lo que nos queda.

En este sentido, el maestro Altamira realiza una obra

Dionisio PÉREZ

LOS PERIODISTAS ILUSTRES



Alfredo Vicenti, director de «El Liberal».

ALFREDO VICENTI, DIRECTOR DE «EL LIBERAL»

¿Qué he de decir, lector, del director de *El Liberal*, si apadrinado por él fui en la pila... editorial?

¡Naturaca! (dirás). Como Vicenti le «prologó»

(no es reclamo, pues el tomo á que aludo se agotó ; con un *bombo* se concilia todo y salimos del paso...

¡Bah! *Pláticas de familia* ¡de las que nunca hice caso!—

No, señor; no hay tales pláticas de familia ó padrinazgo,

pues me son tan antipáticas las farsas del compadrazgo, que como, además, no puedo bombear á mi ex director,

voy á darle á Don Alfredo Vicenti un palo, lector...

Un palo, sí; no te asombre que quiera yo darle un palo, porque Vicenti es un hombre muy malo, ¡pero muy malo!

Muy malo para aguantar á faltones junto á sí...

(y esto debo hacer constar que no lo digo por mí).

Peor aún para que en su cara le falte la rebeldía,

y muchísimo peor para quien falte á la ortografía.

Maestro en Humanidades le irritan los solecismos,

y llama «barbaridades» á lo que otros «barbarismos...»

Muy malo es también Vicenti con quien *cultive* la «hablilla»,

pues lo manda *incontinenti* á... donde el Padre Padilla.

Muy malo para los críticos, si son hueros ó pedantes;

muy malo con los políticos de los dos bandos turnantes;

muy malo con ciertos *seres* como el obispo de Túy...

¡Pero, en cambio, fué y es muy bueno para las mujeres!

Y bien puede estar ufano de ello, pues su buena estrella lució siempre ante «la bella mitad del género humano».

Ha sido un gran mozo, ¡y, vaya, que puede dar todavía

—si se pone quince y raya á Tenorio y á Mejía!...

Y... ¿por qué á decir no voy que le alabo el gusto en ello,

cuando tan amante soy también yo del «sexo bello»?...

Con esto es bastante para ver que el *palo* es merecido;

mas, como le habrán salido los colores á la cara,

y á nadie le sienta mal una dedada de miel,

os diré *algo bueno* del director de *El Liberal*...

Vicenti es bueno, muy bueno, para todo redactor

que sea formal, ameno, activo y trabajador.

Tal vez porque es su Galicia feudo y solar de lo injusto,

Vicenti es gracioso y justo, pues tiene gracia... y justicia.

Odia los chismes, los líos, las intrigas. En fin, es igual á Montero Ríos... ¡solamente que al revés!

Enemigo de brillar con el resplandor ajeno,

Vicenti ya no es tan bueno por lo que toca á medrar.

Conoce tanto á la gente, que huye de ella ¡y hace bien!

Yo hago lo mismo también... ¡y me va perfectamente!

Correctísimo escritor, de hablar claro y sentir hondo

—según habréis visto por los artículos de fondo

que publica el *El Liberal*—, es tan docto y es tan diestro,

que le llamamos «maestro»... ¡y nadie lo lleva á mal!

Gran poeta—¿y cómo no, si fué un gran enamorado?—

con tal título me honró, sin haberlo yo ganado;

y, al agonizar en esta labor de «vate festivo»,

¡quisiera su ingenio vivo para los los días de fiesta!...

Tal es el retrato fiel que hice yo del director de *El Liberal*—un «papel» á que tengo tanto amor como el que profeso á aquel inimitable escritor—;

¡y lo que hace un *servidor*, «mantenido está por él»!...

Carlos MIRANDA.



ARDID

«Er zeño Fraquito» era un contrabandista avezado á las andanzas peligrosas del tabaco, de viva imaginación y de audacia imponderable.

Sus maquinaciones pusieron á prueba más de veinte veces el ojo atinado de las fuerzas del Resguardo militar, llegando á cobrar fama de travieso y «bragao».

La última de que tenemos noticia demuestra, efectivamente, que «er zeño Fraquito», vecino de Zaramilla, lugar no muy retirado del Peñón, poseía dotes que al ir acompañadas de cultura, le hubieran llevado á ser ministro, ocupando hoy quizás el sitio de La Cierva.

Fué á Gibraltar y mandó hacer un ataúd grande. Colocó dentro botellas de ginebra, piezas de tela, etc., hizo agujeros imperceptibles á la tapa á fin de respirar y se tumbó panza arriba en la mortaja.

Perico el *Jormiga*, Antoñiyo el *Daleao*, Diego el *Porrillo* y Pepe el *Tormenta*, se encargaron de tomar la caja al hombro. Detrás, la parienta y dos chorreles, lloraban cada lagrimón que partía el alma.

Y ¡hala, hala! se dirigieron á Zaramilla.

Al paso, las gentes se descubrían ante el cadáver.

De cuando en cuando «er zeño Fraquito» golpeaba la madera y decía:

—Tú, *Porrillo*, y tú, *Tormenta*, tirá de prizita que m'ajogo. Y tú, *Rozarito*, á ver zi da jipío, que pare-

ca mesmamente que he zubío á cená con Zampedro.

Todo marchaba bien. El *Jormiga* y compañía sudaban la gota gorda, pero lo daban por bien empleado, puesto que ya se hallaban cerca de Zaramilla sin ocurrirles tropiezo.

A lo lejos divisaron dos jinetes. Las piernas de los conductores flaquearon y paró el fúnebre convoy. Eran dos carabineros de caballería que avanzaban..

—¿Qué ocurre?— gritó «er zeñó Fraquito».

—Ná— contestaron á coro los cuatro compañeros—, que mos van á deshase el entierro.

A los tres minutos se encontraban los del Resguardo junto al interfecto.

Rozarito redobló las fatigas, estropeándose los ojos. El más antiguo echó pie á tierra.

—Dios guarde, amigos— dijo.

—Zalú— contestaron ellos.

—¿Dónde se va?

—Misté— habló el *Daleao*—, er padre de eto angelito

que ze l'ha reventao la molleja en Gibartá, y no que remo dale tierra protetante y lo condusimos ar simeterio de Zaramilla.

El del Resguardo miró receloso el ataúd.

—Abrid, que le veamos la cara.

—Zeñó, é mu feo.

—No importa.

—Ze l'ha zalío er mondongo y huele mal.

—Es lo mismo. ¡Arza!

«Er zeñó Fraquito», sintiéndose perdido, le metió dos patás á la tapa y, sentándose tranquilamente, exclamó:

—Compadre, que narí tenéis ostés.

Tampoco el defensor de las rentas se alteró, y sacando papel, pluma y tintero, se dispuso á levantar el acta de reglamento, al mismo tiempo que, sin perder la seriedad, requería «ar zeñó Fraquito»:

—Conteste el *muerto* á las preguntas, que voy á entenderle la partida de defunción...

Juan JOSÉ.



ADORMIDERAS

Ya se habrán ustedes enterado del proceso que el kaiser mandó instruir contra generales y aristócratas que eran partidarios de ir á la retaguardia.

Y también conocerán la absolución de Harden, acusador de Moltke.

Este y los del «ponte», como llaman allí á los homo sexuales, están que *harden*, porque les han fallado mal la cosa.

Yo me he pasmado al ver los retratos de los *amorosos*, y he pensado cómo el último Moltke sentía pasión ante aquellos bigotes de escobilla, aquella nariz de higo chumbo, aquellas pobladas cejas de rabo de zorro.

¿Qué dirán los ciudadanos germánicos?

Locos su mano estrechaban ansiosos de tal merced.

Ahora, cuando pasa Moltke, se arriman á la pared.

* *

La extinguida princesa de Sajonia, hoy señora del músico Toselli, parece que se va cansando del violín.

Según *La Patrie*, es un flauta que acompaña al marido de Luisa el que ahora lleva la batuta.

Del esposo tañó el arpa;
el profesor Boodhin luego,
la enseñó el piano de cola;
después, la afición siguiendo,
se agarró al estradivarius
del signor Toselli... ¡Cuernos!
Tras el flauta que actualmente
sopla que sopla hace méritos,
vendrá el tambor que enamora
á Luisa, el parche batiendo;
alguno saldrá de bajo;
el trompa, de labios gruesos;
el fiscorno arrobador;
el saxofón kilométrico...
¡Qué orquesta tan bien armada!
¡Cuántos, cuántos instrumentos!

* *

Telegramas de Tánger, dan cuenta de la efervescencia que reina entre los moros por haber admitido Abd-el-Aziz las insignias de la Legión de Honor que le ha otorgado M. Renault, pues le consideran acristianado.

Añaden los despachos, que la colonia francesa, particularmente las damas, se colocan *abiertamente* de parte del Sultán.

No sé si allí el gobernador de la plaza las mandará cerrar á las doce y media.

Es igual... habiendo puerta falsa.

* *

Sánchez Toca, incomodado á La Cierva, la otra noche, con enérgico reproche le llamaba emasculado.

Abrió el ministro la boca, bufó, y la mano cogiendo del *ex*, le dijo rugiendo:
Te engañas, amigo ¡Tocal!

* *

Leo que monsieur Repond y monsieur Lage se han batido cerca de Marsella, á toda rabia, cambiando seis tiros sin tocarse el pelo de la ropa.

Lady Pershon y *lady Saucy*, rivales de amor, salieron al campo hace tres días, empuñaron el revólver niquelado y ¡pum! ¡pum! dos disparos simultáneos, cayendo ambas al suelo.

El *ladyno* causa del lance acudió á destiempo, vendando las heridas de las doncellas sacando tiras de los calzoncillos.

No se sabe si el favorecido inglés lloró sobre las nítidas frentes femeninas y dió teta á las muchachas.

Confesarlo da rubor,
mas, cierto, que la mujer
por lo que acabo de ver
ya es la que atina mejor.

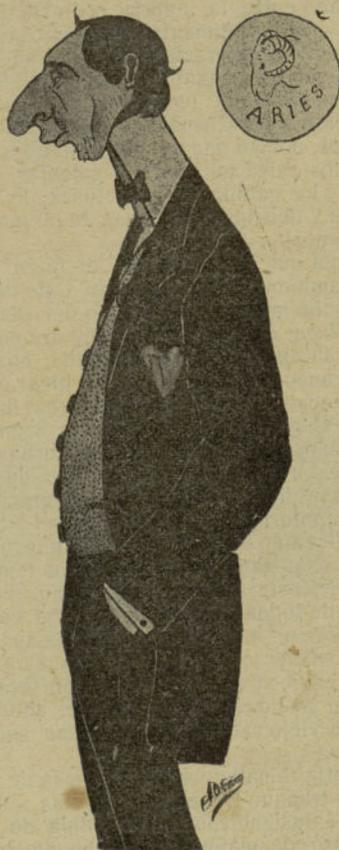
* *

Ha dado bastante que hablar en el Parlamento, lo de la Sociedad Hispano-Africana, beneficio de Maura al Sr. Güell.

Yo, señor, no entiendo de eso;
pero escuché en el Congreso
palabras que en mi sentir
pudieran querer decir
que está obscuro y Güell á queso.

Gonzalo DE QUIROS

SIGNOS DEL ZODIACO



Los que topan.

PAGINAS MADRILEÑAS

Un viejo café galante.

Es un viejo café donde antaño se reunían los ingenios más famosos de la época. En una mesa, cuyo mármol está ya azulenco, trazó sus estupendas, impresionantes y abrumadoras farsas novelescas aquel Ortega y Frías, que ha sido el educador sentimental y el enloquecedor de las fantasías de tantas ingenuas y sensitivas muchachitas, y cuyos imprevistos episodios de maravilla han puesto en estas pobres vidas vulgares un poco de oro de leyenda.

En un rincón, estuvo la pequeña capilla literaria cuyo pontífice fué el magnífico D. Manuel Fernández y González. Allí escribió *El cocinero de su majestad* y allí acudió la última noche antes de emprender el gran viaje...

Las dos amplias salas de este viejo Café de la Luna tienen el mismo aspecto de aquellos días. Los espejos, velados tristemente por la pátina de los seis lustros, parece que conservan como un vago reflejo de ensueño, rostros confusos y siluetas de lejanas personas desaparecidas, repetidas de uno en otro, infinitamente, en los cristales, como un cortejo de alucinación. En el ambiente flotan hálitos de vidas remotas, cadencias de músicas antiguas, y como un fantasma de sonidos, susurros de voces lejanas que tiemblan en el aire con quimérica, muda vibración. Algo espectral y desvanecido que da una vaga misteriosa sensación de presencia.

En las tardes solitarias de estos últimos años, en que el alma antigua de este café parecía encantada, y el tedio tejía sus melancólicos telares, tal vez de la penumbra propicia surgían claras risas y frescas voces juveniles. Y era que los enamorados ocultaban su amor como un pecado entre la umbría protectora. Ingenuas obreritas, un poco sentimentales, pomposas matronas que enloquecen con su gracia picante y su intensidad crepuscular — que ponen tanto fuego en la aventura, porque temen que aquella pueda ser su despedida al amor — princesas de la Casualidad, juntamente con sus varios cortejos, ponían una nota encantadora en parajes como este. Los cafés solitarios y galantes, Peláez, la Universidad y los gabinetes coquetones del Habanero ¡qué malignas y deliciosas historias de un momento pudieran relatarnos!

Pero, ¡he aquí que un fresco aire de fuera ha venido a renovar el ambiente de este viejo Café de la Luna, donde yo pasaba mis tardes gozando del placer de no hacer nada, placer digno de un papa, y tramando á las veces — raro suceso — sobre la cuartilla, mis tristes ó apacibles devaneos sentimentales. ¡El lugar era tan solitario y tan evocador! Pero la ignara turba ha invadido *mi mesa de despacho* en pos de un raro acontecimiento femenino y musical. Claro es que esta turba hombruna llega, más que por el deleite artístico, atraída por el olor de la hembra; prefieren estos sátiros un grácil escorzo ó la insinuación anfórica de la cadera á un nocturno de Chopin, y la línea de un busto bello á una melodía de Borodine. . . Y es posible que estos sátiros tengan razón.

¡Cómo sentirá esta invasión de la muchedumbre el viejo erudito de todas las tardes! Llegaba con su raro volumen, tal vez un incunable, aseguraba sus anteojos, preparaba su cuaderno para apuntar las citas y las curiosidades, y luego se mecía en un sueño seráfico hasta que encendían las luces. ¡Pobre erudito, ahora tendrás que irte á otro viejo café á dar cabezadas sobre tu incunable!

Tal vez habría tomado cariño á la mesa de su rincón, y este cambio trunque tristemente su vida. . . A veces un suceso sencillo, insignificante, la pérdida de un perro, de un paraguas ó de una mujer, deja en nuestro espíritu la desolación de una catástrofe.

Y como por esta intrusión han encendido los focos, las parejas amantes también han huído en busca de otro retiro penumbroso que proteja sus risas, sus confianzas y el encanto de su amor, otro lugar solitario para ocultar su felicidad como un pecado.

Y es el motivo que han llegado unas señoritas napolitanas á hacer música tarde y noche, y la gente invade la sala, entre un estrépito de cucharillas y platos y una greguería grotesca y plebeya.

Yo he descubierto la mixtificación: estas virtuosas no son napolitanas; la dulce musicalidad de esta palabra sirve de reclamo para ese eterno alucinado que se llama público. Pero ¡qué importa! Ello es que las manos lindas y blancas arrancan bellas melodías de las cuerdas de los violines, y que una hermosa cabeza de diabloscinos ojos moriscos y negra cabellera, como una exótica flor rizada, se inclina graciosa sobre el puente del violoncello. Y el prestigio hechicero de la carne de la mujer hace temblar el beso en todos los labios.

La mujer artista, la triunfante mujer que se exhibe ante el público, en un medio de artístico artificio, es secretamente amada con un deseo delirante. Las heroínas de comedia, los astros de *folies bergères* han inspirado enormes pasiones, y sus enamorados han llegado hasta al matrimonio, saltando por todos los obstáculos sociales y resignándose á no hallar ningún obstáculo en la noche nupcial. Porque la carne perfumada y blanca, entre las sedas, el oropel y tanta bella mentira, tiene un magnetismo irresistible.

Esta orquesta femenina á veces ejecuta cosas agradables, otras adula al público tocando lo que está al alcance de su menguada cultura artística. Tal vez los violines cantan la frase de tanto éxito de *El anillo de hierro*:

«Ven, Rodolfo, ven, por Dios.»

Y asoman lágrimas de emoción á los ojos de las matronas románticas que se saben de memoria los versos de «Flor de un día», y hacen soñar á estas pálidas burguesitas que van á los cafés las noches de domingo, en cuyas vidas pobres y monótonas el encanto de la música pone una dulce hora sentimental.

Son esas muchachas suavemente tristes, humildes y resignadas, que tienen ojeras muy hondas y pobres manos santificadas por el oculto heroísmo de la lucha diaria, que van tocadas con gráciles sombreros y vestidas con una coquetería un poco triste por lo usado y deslucido del atavío. Conmovedoras y humildosas vidas grises, á las que una fiera sátira sin corazón ha llamado cursis, y que al invocar á Rodolfo los violines, ellas también le invocan con toda la ternura de su alma; y la figura del galán tiene en su fantasía, todos los aúreos prestigios de un príncipe milagroso de leyenda.

Y por eso sus ojos tienen cercos tan profundos y su boca esa mueca de melancolía; porque los días huyen, huyen... ¡y Rodolfo no llega nunca!

Emilio CARRÉRE.

REGALO Á LOS SUSCRIPTORES

EL 10.106

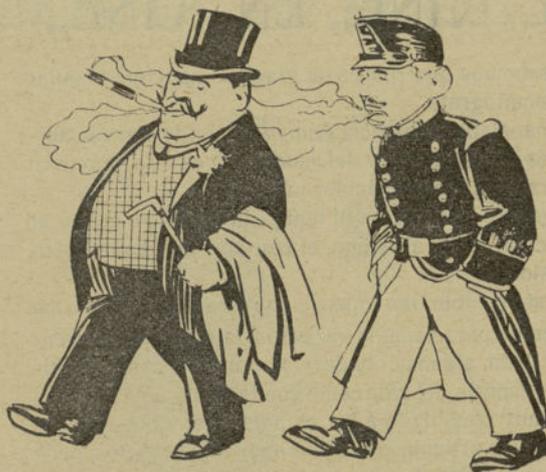
Este es el número de la próxima Lotería de Navidad que FLORES CORDIALES regala á sus suscriptores.

Cuantos se hallen al corriente del pago antes del sorteo, tendrán derecho á la participación correspondiente.

LAS ORDENANZAS GRAFICAS, por Karikato.



Artículo 15. No ha de llevar en su vestuario prenda alguna que no sea de uniforme.



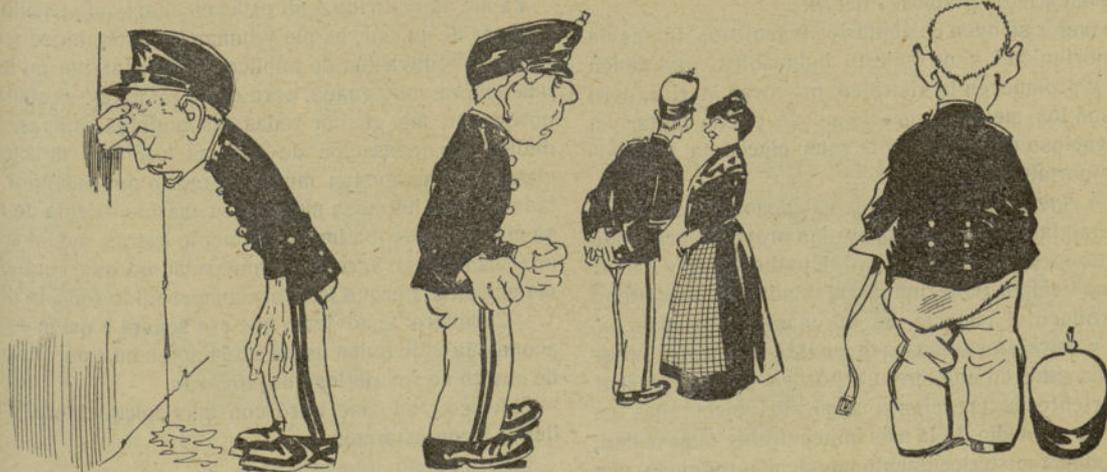
Nunca se le permitirá fumar por la calle,



ni fuera de los cuerpos de guardia;



sentarse en el suelo, en calles ni plazas públicas,



ni otra acción alguna que pueda causar desprecio á su persona.

DE "CINE,, EN "CINE,,

Ya sabemos que *cine* es un gracioso apócope popular de cinematógrafo.

La inapelable sentencia *Esto matará aquello*, se cumple, más que en todo lo del mundo en cuanto se refiere á diversiones y espectáculos públicos.

Al género grande, en el teatro, le mató el chico; al chico, el infimo; y al infimo, el *cine* con sus homeopáticas sesiones.

En este cambio tan brusco, el gusto creo que no ha intervenido para nada; la variación, la moderna corriente, sin duda alguna, obedece al precio, y así se multiplica la especie del *cine* como cunde la afición.

Soy muy poco dado á las estadísticas, y por eso no avaloro este artículo con datos numéricos exactos; pero confío en que ustedes admitirán mis cálculos, hechos á ojo de buen cubero.

En Madrid, hasta el presente momento histórico, habrá establecidas unas 5.324 barracas con *cine*, en las cuales se exhibirán unas 12.645 películas de asuntos distintos, lo cual representa una *carrera de cintas* de unos 999.999 kilómetros. Si pongo un kilómetro más, redondeo la cifra de este cálculo; pero me debo á la exactitud de mis apreciaciones.

El *cine* podía ser una diversión honesta; pero ¡ay! entre la precisa obscuridad para la celebración del espectáculo; los explicadores, cuyo lenguaje, tono y oportunidad, sacan de quicio los asuntos que explican, como el más acreditado *cicerone* de museo, catedral, basílica, real sitio ó ciudad histórica; la nube de *parcheros* que ha caído sobre estas barracas, y algunos de los asuntos que se presentan al respetable público, la moral sufre tremendos achuchones.

¡Ah! Se me olvidaba citar á los comentaristas espontáneos que surgen del público, diciendo en medio del *mayor silencio* para que no se pierda nada, y valiéndose de la obscuridad, las más estupendas precocidades y las frases de peor gusto y de menos ingenio con que cuenta la clase de graciosos del *ful*.

A lo mejor se oyen comentarios ingeniosos, frases de una oportunidad y un acierto indudables, que tienen gracia y promueven la hilaridad, provocan la risa; pero estos son los menos; la gracia no se puede imitar y á cada gracioso de buena ley le salen cincuenta imitadores insoportables.

En los *cines* he observado un fenómeno curioso: cuando apagan las luces para hacer las proyecciones, todo el mundo se calla, como si no se pudiera ver y hablar al mismo tiempo. ¿Qué influencia tendrá la obscuridad para producir el silencio en las más alborozadas, locuaces y estrepitosas masas de gente? El maestro Wagner debía estar en el secreto, y por eso hacía escuchar sus portentosas creaciones musicales ejecutadas en Bayreuth en medio de la más impenetrable obscuridad, que producía misteriosamente un silencio religioso, una quietud litúrgica, un recogimiento ascético y una concentración máxima del espíritu; todo igual que en los *cines* al uso, cuando el interior de la barraca queda su-

mido en esa penumbra que difunde por doquier la incertidumbre... Y aquí de los *parcheros*, y aquí de sus golpes secos, que de cuando en cuando rompen la monotonía y perturban el silencio, los cuales golpes son cachetes procedentes de alguna señora que no la gusta que la toquen, por lo menos en el cinematógrafo.

Estos *parcheros* declaran lealmente, en honor del bello sexo, que las hay que se dejan tocar; pero abundan mucho más las que no se dejan: por eso hay profundos alfilerazos, arañazos crueles, sonoras bofetadas y dolorosos horquillazos.

Los *parcheros* son seres audaces, intrépidos, imperturbables, valientes, estóicos, aventureros, y, sobre todo, sufridos.

Sabido es que poseen una exquisita táctica de exploración y tanteo; pero cuando fracasan en un ensayo, ya se sabe también que les cuesta un coscorrón ó un pinchazo de alfiler de esos largos, cuando no es de aguja de sujetar sombreros, ó dos pinchazos simultáneos de horquilla. ó un donaire abrumador, como aquel de una chamberilera que al hacerse la luz le dijo en alta voz al *parchero*:

—Hijo, es usted como la tómbola, que siempre toca; pero yo no he *comprao* papeleta.

O aquel otro, de otra chamberilera, que en medio del mayor silencio de los espectadores, cuando el pianista ejecutaba un pasodoble alusivo á la película, que era de asunto marcial, exclamó:

—Que se calle el pianista, que no se le oye á este *pelma*, que también está *tocando*.

Yo declaro ruborosamente que no soy *parchero*, porque me falta valor personal; por lo demás, el género de distracción no me digusta, si he de ser franco.

Tal estado de cosas ha creado un nutrido cuerpo de maridos celosos, padres avisados, novios *moscas*, y hermanos *escamones*, que compromete el bienestar de los que no *parcheamos*; advirtiéndole que entre estos maridos, padres, novios y hermanos, los hay que cultivan el deporte cuando se trata de mujeres extrañas para ellos, y van solos. ¡La humanidad es así!...

Ya me ha ocurrido á mí estar en el angosto pasillo de butacas de un *cine*, en pie y fumando, mientras se verificaba la renovación de público, y al pasar por mi lado una señora muy guapa, pero que á mí no me gustaba— porque no me gustan todas las mujeres guapas, sin duda en compensación de que las hay feas de cierta clase que me gustan mucho—, repito que pasó por mi lado aquella hermosa mujer, y su marido—debía de ser su marido—que iba inmediatamente detrás, me miró de una manera tan agresiva y amenazadora que, curándome en salud, porque lo había comprendido todo, le dije

—Caballero: le advierto que esa señora á quien usted acompaña y de quien usted cuida no es mi tipo, además de que yo no soy de los que *parchean*.

El hosco Otelo me miró con más dulcedumbre, y se limitó á contestarme:

—Pero bueno; ¡por si acaso!...

En fin: que hay que moralizar los *cines*.

Félix MÉNDEZ



EL CALVARIO DE UN ARTISTA, por Arveras.



Regúlez, joven modernista, si que también literato, pasaba las noches en vela, gastando velas, para terminar su única producción: un drama de dieciseis actos en verso.



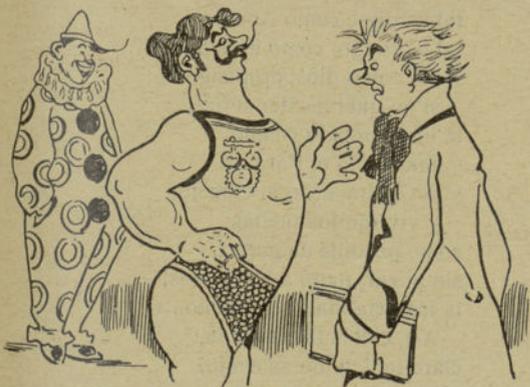
Un empresario cariñoso, que también los hay, aunque vengan de la especie de los erizos, aceptó la obra, pero á condición de reducirla á tres actos: eran muchos endecasílabos.



Para los ensayos, era preciso consultar al primer actor, un puercoespín salido de las selvas, el cual pidió que se suprimiera otro acto y se abreviara su papel.



La dama joven, preciosa [cacatúa cogida á lazo, no estrenaba si la parte que le correspondía no quedaba á la mitad, pues declamando la entraba el vértigo.



Indignado Regúlez, visitó al signor Vechio, direttore de una compañía de cirque ecuestre, que lo admitió, si le cortaba algo al galán joven.



—¡He aquí mi parto!—exclamaba Regúlez, lloroso y desencajado—. Me han dejado las cuartillas que no sirven ya ni para usos comunes.

RETAZOS

—Ayer no pegué á Mariano,
respondiendo á sus insultos,
por ese defecto físico
que inspira lástima á muchos.

—¿Y por eso te aguantaste?
—¡Claro, como es tartamudo!

—
Por rara casualidad
suele transcurrir un mes,
sin que su reloj, Andrés,
lleve al Monte de Piedad.
Es un cilindro precioso;
le empeña en ocho ó diez duros,
y sale de sus apuros
Andrés y vive dichoso.

—Pero á decir no se aviene,
que es cilindro, aunque él lo sabe,
pues siempre, tenaz y grave,

que es un áncora sostiene.
Y no le falta razón,
al afirmar eso á Andrés.
¡Quién duda que para él es
áncora... de salvación!

—
Tanto quiere alardear
de realista Zacarias,
que cuando va á publicar
un libro de poesías,
nunca suele el avestruz,
á sus amigos decir
que va á dar un libro á luz;
dicé que le va á parir.

—
Isidora: Me encantas
por tu talento;
pero chica, te huele
mucho el aliento.
Bella Isidora...

—
¡ay, cuánto más valdrías
siendo Inodora!

—
Desde hace quince años ya
tiene un pantalón Ginés
y, de seguro, no habrá
como ese pantalón tres.
Su corte á decir me obliga
que es muy feo, sin rodeos...
¡Y aún habrá gente que diga
que nunca hay quince años feos!

—
Oyendo que, muy formales,
dos caballeros hablaban
de que en no sé dónde estaban
sucios varios concejales,
dijo un empleado atún:
—¿Que están sucios? ¡No han de estar,
si tienen que administrar
intereses del común!

José RODAO.

QUERELLAS DEL DIOS APOLO

Con la regia faz turbada,
claro indicio de su enojo,
dando está voces terribles
el señor dios Don Apolo:

—Ingenios de á buenas noches,
que por el mundo vais horros
y limpios de toda gracia,
aunque os preciáis de graciosos;
fabricantes de argumentos
sicalápticos ó ñoños,
que ya, por pícaros, pican
ó son de insulsez el colmo;
prez de la escena española,
según os llamáis vosotros,
que en lo tocante á modestia
guardáis verdadero acopio;
¿qué habéis hecho de las glorias
que yo os entregué en depósito?
¿Qué habéis hecho, qué habéis hecho
de mi honor y mi decoro?...

¡Ah! ya lo sé; con el arte
comerciendo codiciosos
dais en escribir comedias
sin saber por qué ni cómo.
¡Bueno habéis puesto el teatro!
verlo me causa bochorno,
recórdando ¡¡aquellos tiempos!!
ya, por desgracia remotos,
de Lopes y Calderones
y Tirsos y tantos otros
que fueron honra de España
cuando Granés era mozo.

¡Venid acá, desgraciados,
y arrimad juntos el hombro,
si no queréis que los *cines*
os pongan á caldo pronto.

Los *cines* os amenazan
y, atacando como lobos,
á vuestro cocido atentan
para fastidiar al prójimo.

Morirá el género chico,
morirá lleno de oprobio,
pagando culpas ajenas
al enmendar yerros propios.

Como, al presente, en España
lo huero, lo microscópico,
lo que nada significa
es lo que impera tan sólo,
nos domina el género *infimo*
y haciendo está el caldo gordo,
merced á la horrible inopia
que sentís de ingenio y fósforo.

Aguzad el intelecto,
y defended el depósito
de mi gloria y mi grandeza,
de mi honor y mi decoro.

Tal, como profeta, anuncio,
tal os digo, como Apolo,
tal os ruego, como hermano,
y tal, como dios, propongo;
si no queréis atenderme,
la lira, enojado rompo
y desalquilo el Parnaso
y al Olimpo echo el cerrojo;
y vivirán los poetas
como pandilla de *golfos*,
sin gozar, junto á los dioses,
la inmortalidad por momio...»

Así, con la faz turbada,
claro indicio de su enojo,
dijo con voces terribles,
el señor dios don Apolo.

Por la transcripción,
Luis FALCATO

LAS MUÑECAS

El mundo de lo pequeño, el que no se ve sino á través de la lente del microscopio, es mucho más atractivo y entretenido que el mundo de tamaño natural.

Siempre será nuevo el espectáculo de la gota de agua con sus monstruos peludos; el tejido de la fina batista con sus entrelazados troncos que parecen encinas; el enorme bambú que constituye un cabello humano; la rugosa epidermis con sus calles y sus montañas.

Pero aún lo es más la humanidad pequeña, que los grandes miran con la lente, empañada unas veces por el cariño, ahumada otras por la indiferencia. Los chiquillos y sus juguetes son un mundo aparte, tan pintoresco, tan abigarrado, como este otro en que se agitan monstruos tan peludos como los de la gota de agua.

Los chicos son una reducción de los grandes. Si algo debió inspirar á Edison la invención del fonógrafo, seguramente fué algún chiquillo que repetía lo que había escuchado á un hombre.

Pero en esas copias ó repeticiones la ingenuidad tiene un gran vehículo: las muñecas. Y el sentido moral, una traducción á la inversa: las niñas.

Dará fe este diálogo, rigurosamente exacto:

PAQUILLA.—Diez años, cabellera de oro y ojos verdes.

PEPA.—Nueve años, grandes ojos castaños y bucles de ébano.

Entre las dos una camita de juguete con una muñeca que parece dormir porque esconde sus pupilas de cristal.

PAQUILLA.—¿Por qué acuestas tan temprano á tu muñeca?

PEPA.—Porque tiene mucha pena y está con la jaqueca.

PAQUILLA.—¿Y por qué tiene tanta pena?

PEPA.—Porque se ha echado un novio que es republicano.

PAQUILLA.—¡Anda! Pues entonces va á ir al infierno.

PEPA.—Además, yo no la quiero ya; yo quiero un muñeco que tenga bigotes, pero no los hay: todos los que venden son muñecas que las pegan pelos en la boca para que parezcan muñecos. ¿Por qué no habrá muñecos? ¿Tú lo sabes?

PAQUILLA.—Yo sé que los hay de trapo; ¡pero son más feos! Se parecen á los amigos de mi papá, y cuestan muy caros; como que los traen de Inglaterra.

PEPA.—No, mujer, los traen de París.

PAQUILLA (con aire de impaciencia).—No, hija, no; los que traen de París son los niños; lo dice mi mamá.

PEPA.—Pues yo quiero tener un niño de París que sea mío.

PAQUILLA.—No puede ser; tienes que estar casada ó ser criada: mira, á la cocinera de casa le han traído uno y no está casada; de modo que tienes que ser cocinera.

PEPA.—Bueno; pues siendo cocinera de mi mamá, no me importa ser cocinera.

PAQUILLA.—Pues ¿á que no sabes lo que á mí me gustaría ser?

PEPA.—¿No te gusta ser cocinera y tener un niño?

PAQUILLA.—No; á mí lo que me gustaría es ser arreglo.

PEPA.—¿Arreglo? ¿Y qué es eso?

PAQUILLA.—Pues mira: arreglo es ser muy elegante y muy guapa, y tener muchos sombreros y muchas sortijas. Enfrente de mi casa vive una señora muy guapísima; á mí me saluda con la mano siempre que me asomo al balcón, y yo le he oído decir á mi mamá que es un arreglo.

PEPA.—¡Toma! Pues por eso cuando yo me despeino jugando ó se me cae algún botón mamá me dice que soy muy desarreglada; se conoce que quiere que yo sea también arreglo.

PAQUILLA.—¡Cómo que debe ser muy bonito!

PEPA.—Pues entonces seremos arreglo las dos, y luego nos casaremos y tendremos niños de París.

PAQUILLA.—Ya lo creo; lo mismo que tus papás; mi mamá le ha dicho á una visita que tu papá y tu mamá estaban arreglados y luego se casaron; ya ves qué bien.

(Una voz femenina desde la puerta).—Niñas, arreglarse, que vamos á salir.

TELÓN LENTO

Luis BERMUDEZ DE CASTRO.

«LOS PREVISORES DEL PORVENIR»

Por error, dijimos en nuestro número anterior que el capital de esta Sociedad era de *dos millones y medio*.

Actualmente asciende á *tres millones setecientas cincuenta y cuatro mil pesetas*.

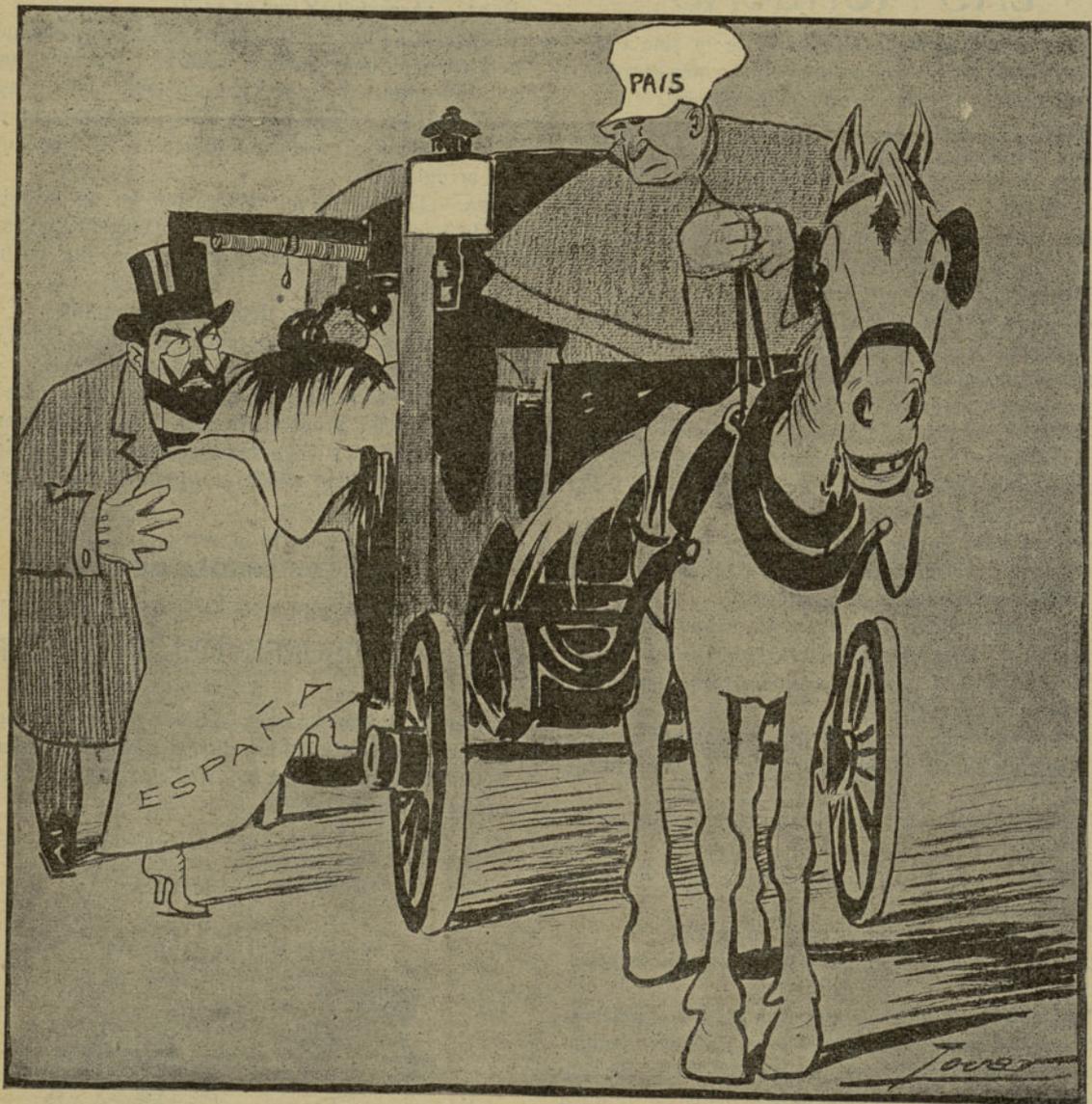
RÉPLICA OPORTUNA



—Pascual, no me gustan los tontos.

—Haces bien; por lo menos, no eres egoísta.

NUEVA AVENTURA MARROQUÍ Ó EL EMPERADOR GEDEONICO.



El Cochero.—¿Donde vamos?..

Allende (Emperador).—¡Y á tí que te importa!

HOJARASCAS...

No cruja, no cruja con triste sonido,
que quiero arrancarte deleites de vida,
¿Por qué no me alegra mi lira querida?
¿Por qué de sus notas no brota el olvido?

Venid, notas bellas, venid con premura,
que duerman mis penas vuestro dulce son:
yo quiero cantarte, divina Natura,
y olvidar tristezas de mi corazón.

Yo quiero que flores me adornen y besen,
sonrisas yo quiero, detesto el dolor,
yo quiero caricias de verduscas hojas,
yo anhelo más aire, más vida y amor.

¡No cruja, no cruja con triste sonido,
despierte mi lira, despierte al placer!...
¡Yo olvido las penas del negro pasado!
¡Yo quiero de nuevo volver á nacer!

María CANETE PERAL

BOCCACCIO MODERNISTA

LA ESPOSA DEL EMPLEADO

Cuando Josefina, la pobre esposa de Don Agustín, salió á medias de su *apoteosis*, se encontró en su gabinete completamente sola.

Lo cual quiere decir: ó la lógica es una *ocurrencia* de La Cierva, ó; lo que es lo mismo, una tontería: que antes de penetrar en su apoteosis Josefina, estaba acompañada.

La cosa es tan clara, opinamos nosotros, como la *luz meridiana*, que dice un amigo nuestro, natural de Brihuega, y rubio él, sin embargo, algo aficionado á las novelas de Ortega y Frías (¡Dios le haya perdonado!) y á los chalecos Eduardo VII.

Pues, sí. Como íbamos diciendo, antes de entrar en su apoteosis—(¡Vaya, que nos ha gustado la palabreja!)—la esposa de nuestro cuento y de Don Agustín, se hallaba éste con ella, efectivamente, en su gabinete. ¿Qué pasó entre ambos para que ella se colase de rondón en la apoteosis susodicha?

Pues, pasó, sencillamente, que hubo *bronca*. ¿Que por qué fué la bronca?

Suponemos á nuestros queridos lectores ardiendo en curiosidad por saberlo, y como nada nos cuesta decirlo, ahora mismito lo van á saber.

Fué la bronca porque Don Agustín, que es un sujeto entrado en años, desagradable él y algo cojo, llegó á casa aquella tarde diciendo á su consorte (que, dicho sea de paso, es una *tía* despampanante, porque es todo lo contrario de su marido, ó sea una señora joven, agradable y nada manca), llegó diciéndola que en la oficina le habían calentado la cabeza asegurándole que su señora se *sonreía de los peces de colores en lo que respecta á eso de la fidelidad conyugal*.

—El animal eres tú que lo has creído, —exclamó dulcemente la interesada.

—¿Animal yo?—profirió él, —¡Hase visto la muy...!

Y entonces fué lo de la apoteosis, porque uniendo Don Agustín el epíteto, que no fué cosa de cuidado, como ustedes supondrán, á la acción de que vamos á dar ligera idea, descargó sobre la cónyuge infelice tal puñetazo, que—parece que lo estamos viendo—la paciente cayó de bruces sobre el pavimento lanzando un jay! terrible, pavoroso...

Acto seguido, el agresor huyó velozmente, como alma que lleva el diablo, que dijo Hartzenbuch.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

Al presentar á nuestros lectores á Josefina, la pobre acaba de recibir el sopapo conyugal que ya hemos mencionado, y aunque ya se ha levantado del suelo, no está para fiestas, ni mucho menos.

Así, pues, *solloza en silencio*, como dijo un célebre novelista, á quien admiramos, aunque mal nos esté el decirlo; que no está muy bien, no.

Embargada por el dolor, la desdichada permanece inmóvil tres minutos y diecinueve segundos, reloj en mano, y por lo de estar embargada no advierte que alguien llega.

Es un individuo que se ha colado de rondón en el gabinete, sin hacer ruido, el cual individuo no ha tenido para entrar que abrir la puerta, porque Don Agustín se olvidó de cerrarla cuando *huyera* en alas jay! de su justo furor.

El tal sujeto, no es tan feo ni tan desagradable como el *esposo ofendido* (pero no porque digamos esto vayan ustedes á figurarse que es una estatua griega, ó cosa por el estilo), es uno de los del montón y gracias (no hay de qué).

Por lo cual no nos da gana de describir su persona.

Sigamos, pues, nuestro relato. El sujeto en cuestión se acerca á Josefina; pero, temeroso, sin duda, de turbar las hondas meditaciones en que parece abismada la pobre señora, permanece mudo ante ella breves instan-

tes, transcurridos los cuales, levanta ella la cabeza *vele*, se alza de su asiento, como movida por un resorte oculto, lánzase á sus brazos y suspira.

¡Es un compañero de oficina de Don Agustín!

El joven, *dejándose querer*, ó sea dejándose abrazar, la pregunta cariñosamente qué tiene; ella le contesta que ya se lo contará luego; y... el novelista, ó sea el que escribe estas líneas, exclama, procurando quitarse de enmedio, porque presiente que aquello va á ser el delirio, con motivo de la ausencia de Don Agustín:

—¡Los compañeros de don Agustín tenían razón! ¡La mujer es frágil! ¡Cásate y verás! ¡Qué mundo éste! ¡Caracoles con la mocita!

Y otras cosas por el estilo que no hay para qué referir, porque sabido es que ciertas cosas *peor es menearlas*.

Carlos PÉREZ ORTIZ

REMEMBRANZA

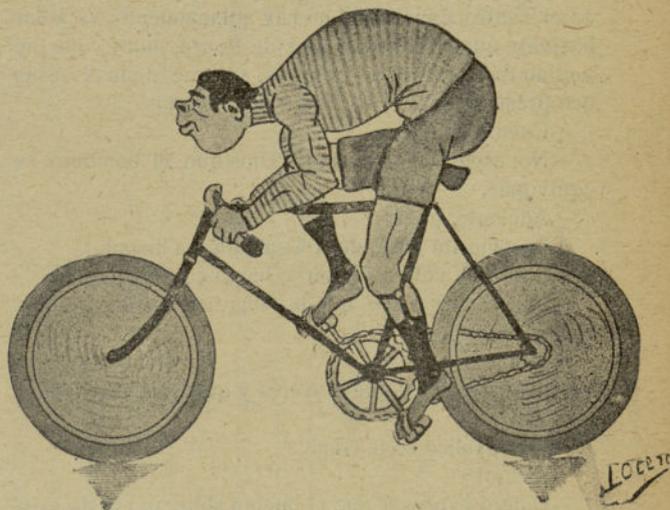
A Mercedes Cudal.

¿Te acuerdas?... Fué en el jardín...
Junto al lago... En la arboleda...
Mi voz persuasiva y queda
bañó tu faz en carmin.

La niña vi de mis ojos
en los tuyos retratada
y la fresa inmaculada
mordí de tus labios rojos.

Diste un grito que turbó
la placidez de la noche,
y de tu boca en el broche
de sangre un rubí brilló.

S. RECASENS Y MOGRAVÉ.



Por si acaso no gano la copa, me tomaré unas cuantas en cuanto llegue á aquella venta que se divisa en lontananza.

Dibujo de Otero.



Los dioses falsos.—Del Teatro Cómico.

HABLANDO CON EL BOMBERO...

INFORMACION TEATRAL

—Vamos á ver, bombero, venga de ahí.

—*El príncipe sin nombre*, que se estrenará el martes en el Teatro Español, si no hay aplazamiento, va á dar bastante que murmurar. José de Roure, por lo que he podido recoger de los ensayos, se trae algunas cosas que presumo dará el vértigo á los morenos.

—Cuenta, cuenta.

—No; esperemos, y quiera Dios que el bombero se equivoque.

—Adelante, pues.

La señorita Oria, de la Comedia, ha llegado...

—Entonces vete á recibirla; luego continuaremos.

—Digo, señor *Yago*, que la simpática actriz coronó la altura del arte.

—¡Ah!

—¡Qué decires y qué moveres y qué gracia nativa!

—*Ecco*.

—Y el público se la come...

—¡Bruto!

—Quiero expresar que el pueblo soberano le da sanción de gloria batiendo palmas.

—Sanción de gloria... ¡Bien por la Oria! *Avanti*.

—La salvajada del Cómico despampana de gusto todas las noches. *Los dioses falsos* chorrean pesetas, y

Loreto y Chicote hallaron el primer filoncete de la temporada.

—Pasadizo de San Ginés, parada y fonda.

—Allí la Carmen Andrés y la Jiménez, bellos palmitos, arrastran á la gente aficionada al voto. ¡Oh! Si los tíos alemanes, partidarios de cargar por la recámara, las vieran, cambiaban de frente.

—¿Y *Los ojos de los muertos*, de la Princesa?

—Un modelo acabado de literatura. Benavente da cada vez nuevas tonalidades á sus obras dentro del género punzantemente amoroso, que es su cuerda. De buena gana explicaré el argumento. Se trata de...

—No lo cuentes. Que vayan los ciudadanos á verlo y aprecien en toda su integridad el valor de *Los ojos*.

—La interpretación, morrocotuda. La Cobeña, guapa, sugestiva, genial. ¡Cuántas palmadas le dieron! Morano, archidespampanante.

—¿De modo que Federico ha estrenado á Jacinto, levantando el negocio?

—Justo, y le viene ancho, porque las producciones del talentado autor redondean siempre á las empresas.

—Basta por hoy.

—Abur, entonces...

YAGO.

ron con satisfacción la permanencia de los dos nuevos camaradas en aquella cueva.

**

Al día siguiente, el capitán formó en fila á toda su cuadrilla, y llamando al extranjero y al discípulo del ermitaño, les dijo:

—Os presento á vuestros nuevos amigos: conmigo, suman veintiséte, á los que desde ahora debéis consideraros unidos. Para que empecéis á practicar el oficio á que tenéis que dedicaros, he organizado una expedición para la que partiremos esta misma noche. Como en ella hemos de tomar parte todos, cuando salgamos cerraremos bien, afianzándola fuertemente, la puerta de la cueva... Estad preparados, que ya os llamaré para que os incorporaréis á nosotros.

—¿Y á dónde iremos?—preguntó el extranjero?

Una mirada de miedo, muy significativa, se fijó en el rostro de todos los ladrones, que temblaban ya ante el castigo que pudiera sufrir el nuevo camarada.

—Sabed de hoy para siempre que nunca habéis de preguntarme el lugar á dónde vamos ni la hora de nuestra partida—, respondió el capitán—. Son cosas que nadie sabe más que yo hasta el preciso momento de ponerse en marcha. Para obedecerme, sólo debe bastaros el estar dispuestos y preparados desde este mismo instante... Y contad con que la circunstancia de que seáis nuevo en la partida os libra del castigo que merecéis por la osadía que demostráis al hacerme semejante pregunta.

Y girando sobre sus talones, volvió las espaldas á toda su gente y se dirigió á las habitaciones que para él solo había reservadas en la cueva.

Penetró el discípulo en el agujero, y detrás de él lo hizo el extranjero, el cual, aunque estaba poseído de algún miedo ante aquella abertura estrecha y oscura, mostrábase picado por la curiosidad.

Aquel obscuro y tortuoso pasaje por donde entraron, cambió repentinamente en una espaciosa y elevada caverna que recibía luz por aberturas que tenía en el techo. Sobre el piso, en varios sitios, había cajas fuertemente atadas y paquetes de muchas clases, balas y piezas de sedería y otras telas, hermosos cascos y muchos artículos de valor.

—¿Qué lugar es este?—preguntó el extranjero con gran sorpresa.

—¿No lo adivináis acaso?—exclamó el discípulo, cuyos ojos brillaban de placer—. Es una cueva de ladrones: ¡hemos hecho un gran hallazgo!

—¡Un antro de ladrones, decid! ¿Y no teméis que nos hagan ningún mal?—repuso alarmado el extranjero—. Salgamos de aquí cuanto antes, pues si nos ven los ladrones nos matarán y nos harán pedazos.

—No sucederá tal cosa, pues no están en la cueva: han salido en busca de provisiones.

Y haciendo una ligera pausa, añadió:

—Precisamente debemos aprovechar la ocasión que ahora se nos presenta para ver algunas de estas cosas, por si pueden conveniros para llevarlas al Museo de la reina por quien tanto os interesáis...

No bien hubo pronunciado las últimas palabras, interrumpió á su amigo el extranjero, diciéndole atemorizado:

—¡Huyamos de aquí, que vienen los ladrones y parecen dispuestos á acorralarnos!

Y á todo correr abandonaron la espaciosa y rica habitación en que se hallaban con dirección á la boca de la cueva en busca de la salida para ponerse en salvo.

Pero era ya tarde; pues en aquel momento, el capitán de la cuadrilla de bandidos penetraba en la cueva seguido por los suyos, que rápidamente desenvainaron las espadas que llevaban al cinto, prontos á precipitarse sobre los dos intrusos.

El discípulo, al ver semejante actitud, dió un salto hacia adelante, y extendiendo sus largos brazos gritó:

—¡Detened vuestros impetus! Somos gente de paz.

Al oír esto, el capitán bajó la espada, ordenando á los suyos que hicieran lo mismo.

—Pero estad alertas—, añadió.

Y dirigiéndose al discípulo, le preguntó con voz de trueno:

—¿Quiénes sois y qué buscáis aquí?

—Viajamos por estos lugares en busca de objetos curiosos, y por casualidad entramos en esta cueva; pero no hemos tomado nada de lo que hay aquí, ni tampoco hemos abierto ninguna de las cajas que poseéis... ¡Y eso, señor nuestro, que no nos han faltado ganas de satisfacer los propósitos que nos guían!

—Tenéis cosas de hombres honrados—dijo el capitán de bandidos á los dos amigos—y os creo. Eso os vale, porque os perdonamos la vida.

Hizo una pausa, durante la cual miró de arriba abajo á los

intrusos, y al cabo añadió en tono firme y seguro, como si quisiera demostrar que no admitía réplicas á las palabras que pronunciaba:

—Pero, en cambio de eso, os obligamos á que permanezcáis entre nosotros; nunca dejamos marchar al que llega á esta cueva y como vosotros sorprende nuestros secretos. Os trataremos bien; mejor de lo que hasta ahora habéis sido tratados por nadie. Nos acompañaréis en las expediciones que hagamos y en nuestras correrías; y si lo merecéis, si vuestra conducta es buena y sois valientes y decididos, os daremos el título de compañeros y llegareis con el tiempo á ser individuos de la cuadrilla.

No hubo más remedio que aceptar esta proposición, y así lo hicieron los dos amigos.

El extranjero lamentaba amargamente su situación. Á grandes pasos iba de un lado para otro de la cueva jurando y llorando interiormente su desgracia.

El discípulo del viejo ermitaño aparecía, en cambio, contentísimo. No cesaba de admirar los ricos tesoros que algunos ladrones le enseñaban, y así aumentaba sus conocimientos con el aprendizaje de aquellos objetos.

Y cuando hubo llegado la hora de la comida y luego la del sueño, el capitán de los bandidos, consecuente con la promesa que había hecho á los dos amigos, dió orden á su gente para que preparasen alimento y cama para los cautivos con que tan inesperadamente había aumentado sus fuerzas.

Fué obedecido inmediatamente por los ladrones, que recibie-

BUZÓN

R. T. *Mátaga*.—Podemos darle por carta cuantos antecedentes quiera sobre *Los Previsores del Porvenir*.

C. B. O. — Como usted empieza diciendo que la poesía está escrita con los pies, no he querido pasar adelante.

Chiripín.—*Langreo*.—Esas *Chinitas* se las mando al kaiser, que se muere por ellas.

Otelo Tercero.—*La Línea*.—Tiene usted excelentes disposiciones para el dibujo. El barco que manda a flote, es bonito. Los versos son los que naufragan. Mete demasiado los remos.

A. M. P. — *Madrid*.—Escribe usted muy bien... á máquina. Da gusto ver las cuartillas. Siga, siga tecleando la York.

C. M. — *Baeza*.—Hombre, no están mal. Modifique la armazón cuidándola y procuraré insertarlos.

F. R. — *Pedroche*.—Hay inspiración, pero falta medida, y es lástima. Estudie que usted hará cosas buenas.

Temeroso.—*Sevilla*.—Solicita usted mi opinión seria y franca. Sí, señor. Rima usted sueltamente y se le ocurren golpes hermosos. No basta, sin embargo. Es preciso hallar forma, y ello se consigue emborronando papel.

Un átomo de escritor.—Efectivamente, tiene usted vena festiva. Adelante. Si ahora no puede ser, luego será.

D. L. P. — *Huelva*.—«Desde el ogar común, os embío...» Usted se equivoca. Usted *embía* eso desde el común del hogar.

L. del A. — *Corrales*.—Comprendo su desesperación, al entrever su espíritu delicado y culto. FLORES CORDALES atenuarán el mal. Haga cosillas [menudas y ya irán saliendo.

R. R.

«*Pensamientos en el circo de Parish*.

EL LEÓN CAUTIVO

FÁBULA PRIMERA

Llora el león sin consuelo
al ver su indómita fiera vencida,
y con las fauces sobre el suelo
eleva su mirada al cielo
con furor de majestad rendida;
eleva su mirada al cielo
desafiando el vacío
y odia del águila el vuelo,
por no poder elevarse del suelo...»

No vuelva usted, joven, al circo á soltar pensamientos. Mire que el león le echa la zarpa.

Morito.—*Valencia*.—Irá.

F. J. — *Lanzarote*.—A fine. *España* por poco entra.

Julio Pastor.—*Oviedo*.—¡Beeé! *Los borregos*, los mando al redil.

Abecé.—*Zaragoza*.—Venga la firma.

C. H. V. — *Madrid*.—Servirá, si lo arregla.

A. P. — *Oporto*.—Las *Gitanerías* me gustan. Lime los ripios y tomará turno.

T. O. L. — *Barcelona*.—«Soñé. Yo era Marte. Volé hacia Venus, y me encuentro arrepentido...» Quizás le haga á usted bien ahora buscar á Mercurio ¿Eh?

J. R. y M. — Cojo la *Remembranza*.

ROLANDO

Los grabados de este semanario, son de Durá y Compañía.

ALQUILERES

CINEMATÓGRAFOS OPORTUNIDAD

Aparatos casi nuevos, á precios sumamente baratos. Alquiler de películas. Fuster y Alicart, León, 38, 2.º, Madrid.

SOLUCION BENEDICTO de glicerofostato de cal con CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, escrofulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

EL LIBRO DE LA BELLEZA

por *Tosmae*, debe tenerlo la bella para conservar su hermosura y la fea para adquirirla. A 3 pesetas librerías de España. Cutis blanco y rosado, puntos negros, ronchas. Irritaciones, quitaarrugas (patas de gallo). Depilación *verdad*. Crecimiento de cejas y pestañas, barba, bigote. Aumento, dureza y ondulación de pechos, hombros. Modificación de la nariz. En Madrid á 3 pesetas, Fe, Puerta del Sol, 15; San Martín, Puerta del Sol, 6, y otras. Va correo certificado enviando 3 pesetas en sellos á *La Avispa, Madrid*.

Cine matógrafos.

Se alquilan aparatos, películas y operador á precios económicos. Precios excepcionales para fiestas.

Fuster y Alicart,
LEÓN, 38, 2.º—MADRID

MERMELADAS

Trevijano

LOGRONO

FLORES CORDIALES

SEMANARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.
Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves.—Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea.

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.